

Antonio Marquet

¿

Qué tipo de epifanía se produce en “Los zapatos vacíos” de Reinaldo Arenas (1943-1990)? No se trata ciertamente de la llegada de los reyes que no se *manifiestan*.¹

En primer lugar se trata de la *exteriorización* de los recuerdos: no hay que olvidar que lo narrado se encuentra en el ámbito de la evocación. ¿Por qué recuerda el narrador? (¿Por qué recuerda justamente eso?) ¿Para quién recuerda? ¿Por qué un régimen que “desalentó” el catolicismo, premió un cuento semejante en el momento de mayor proselitismo comunista? En segundo lugar se trata de la *manifestación* de algo inesperado.

Recordemos, para comenzar, el pasaje evangélico que alude a los Reyes Magos:

Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del Oriente a Jerusalén unos magos,
2 diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle.

9 ...y he aquí que la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño.
10 Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo.
11 Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. (San Mateo. cap. 2)

¹ El significado etimológico del término es “manifestación”.

Por un lado es preciso señalar que el título del cuento remite a una constelación de posibilidades de significación. En enero “Los zapatos vacíos” significan algo muy preciso. Desde la perspectiva infantil, los zapatos aparecerán vacíos por la mañana porque su propietario se portó mal. Para éste, el cinco de enero es una noche de gran expectativa no del todo exenta de zozobra. El castigo, –temido siempre, siempre esperado–, puede concretarse, hacerse evidente. Regalo o ausencia de regalo, significa automáticamente premio o castigo. En cambio, desde la perspectiva de un adulto, los zapatos podrían estar vacíos porque los “reyes” no colocaron regalos. Los “reyes” remiten inmediatamente a los padres, con seguridad a su no bonancible situación económica; probablemente al respeto o alejamiento de una tradición, a la pertenencia o no a un credo.

En el mundo católico y en particular, hispánico, quizá sea la noche mayor para los niños que son catapultados, sin más trámites, a la posición de Dios, que ocupan como protagonistas de una pantomima narcisista promovida por un padre-rey-Dios-padre que juega al omnipotente o sucumbe en la depresión de tener las manos vacías. El niño por un momento ocupará el lugar central del Universo. Tal mascarada pone en evidencia un juego de desplazamientos que incluye también a la doctrina, pues la ansiedad por los regalos remite a la esperanza, a la fe en que ha de llegar el fin de los tiempos. Con la misma expectación del niño, el cristiano espera el día del juicio y el perdón.

Por último, los zapatos vacíos o colmados tienen que ver también con la maduración, con la infancia o con el hecho de dejar de ser niño. Conocer la identidad de los exóticos reyes, significa ser “grande”. Por ello, los reyes reeditarán el conflicto entre el mundo afectivo y el conocimiento y por allí conectan con el oscurantismo de nuestra religión, con serpientes, frutos, la mujer, la sexualidad... Conocer en nuestra tradición católica significa erotismo, transgresión, castigo, expulsión, sudor, trabajo, independencia, valle de lágrimas...

La noche de Reyes es también la de mayor docilidad del niño y por

ello en la que se observa el mayor grado de alienación: el niño tratará de obtener el certificado de buen comportamiento de sus padres y para lograrlo hará todo por complacerlos. Lo hará con el mejor talante, con la mejor disposición.²

Por esta densidad afectiva, de la masa gris que es el pasado para el narrador, pareja, indiferenciada (“Todo era tan parecido que realmente costaba trabajo distinguir un mes de otro.”) resalta tan sólo un día, la noche de Reyes: Se evoca por la enorme carga emocional con que está investida. En el cuento se articulan las expectativas, la ansiedad, el balance infantil que se hará para saber si uno es merecedor de los regios regalos, la culpa, la decepción, y el advenimiento de una alegría desconocida. Al final, el protagonista recuerda que descubrió que contrariamente a lo que le recomiendan quienes saben, no se trata de dormirse para que se produzca el hecho anhelado, por lo menos esto es lo que nos relata, mucho tiempo después, el adulto que transforma la tristeza en alegría, y las lágrimas en rocío. ¿Se trata de un recuerdo apegado a los hechos o es un recuerdo encubridor? Seríamos ingenuos si nos decidiéramos por la primera opción, sobre todo cuando el mismo narrador señala que la única posibilidad de superación de esa expectativa defraudada, consiste en *cubrir* el hueco de flores: “Afuera todo era tan bello: tantas campanillas, tantas, que se podía caminar sobre ellas sin pisar la tierra, tantas flores de úpito, tantas, que *tapaban* los huecos de mis zapatos.”

Desarrollando un poco más podríamos postular como hipótesis el carácter de la escritura como una forma de tapar, de cubrir ese pasado asaltado por todos lados por la carencia. Esa imposibilidad de recordar con exactitud el año con que pudiera datarse la escena

² No es tan sólo la certificación de portarse bien, sino la fiesta que se celebra es la “adoración de los reyes”. El niño está persuadido de que puede perder el amor de los padres, que la “adoración” puede no conformarse, lo cual significaría desamor, soledad, muerte. Por ello, no creo que la angustia de niño la víspera del seis de enero sea de las menores.

¿No nos remite a una voluntad de olvidar, o más bien al conflicto que se produce porque es preciso recordar esa epifanía personal del protagonista al mismo tiempo que habrá mucho que olvidar (la ausencia del padre, la decepción, la pobreza, el hogar desarticulado, la diferencia...)?

Para cumplir con el ritual, el niño hace su examen de conciencia: él sabe perfectamente que se ha portado mal. Lo que recuerda es simbólico “No debí haber roto el nido. Tenía dos pichones sin plumas que me miraban con miedo y con el pico abierto.” De repente, apenas en una frase, aparece la culpa y la crueldad del niño; el ensañamiento gratuito sobre pichones aún sin plumaje. No hay vuelta de hoja ante los hechos, ni manera de repararlos o atenuarlos. ¿Su acto destructivo acaso reedita la misma crueldad que, desde su punto de vista, él ha experimentado, como niño, como pichón en un nido sin padres que lo puedan proteger? El acto parecería negar el que valiera la pena que vivan esos pichones en el abandono parental. En todo caso, esa confesión subraya el hecho de que el padre no está en el universo narrado, forma parte de ese hoyo que el discurso ha dejado sin cubrir con el manto de la palabra o con las flores de úpito. No se menciona, pero quizá sea uno de los puntos nodales en torno de los cuales gira este cuento que aparece bajo la forma de una anécdota tejida en una conversación para un interlocutor al que el narrador habla de “usted”.³

En el mundo de los objetos que rodean al personaje, los zapatos cobran un sitio protagónico. El protagonista está obsesionado con ellos a tal punto que los menciona por lo menos seis veces en el texto de una cuartilla, además de que aparecen en el título mismo. En efecto, “zapatos” es el primer y el último sustantivo del breve cuento. Además de esta reiteración, los zapatos son particularmente

³ habría dos puntos nodales que estructuran la anécdota: el primero formado por la figura paterna ausente, que no se manifiesta; el segundo por la epifanía del sujeto provocado por el universo sensorial que se activa con el contacto con el rocío, las flores, la naturaleza.

adjetivados y están humanizados: se encuentran ora “boquiabiertos”, ora “apenados” y están “humedecidos”. Por tales adjetivos podemos colegir hasta qué punto representan al protagonista sin nombre. El “boquiabierto”, el “apenado” en realidad es el niño sin nombre. Las imágenes así logradas son efectivas: remiten a su estado anímico. El narrador ha operado un desplazamiento no por incapacidad de asumir esa pena, ese estar boquiabierto, sino porque la intensidad del sentimiento es tal que alcanza para contagiar y dar vida a lo inanimado. Desde ese momento el narrador nos revela la capacidad de los sentimientos para insuflar vida.

Elemento indispensable para la historia, parece que en cada uno de los momentos de ese día que conmovió la vida de nuestro protagonista, se encuentran los zapatos. Aunque no sabremos qué tipo de zapatos eran, se repite que tienen un hueco en la punta, con lo cual el lector puede confirmar la pobreza en la que viven los personajes. Pero el hueco y su transfiguración en ser vivo boquiabierto remiten a una de las imágenes más fuertes del hombre con hambre, de la avidez humana, de la irrefrenable apetencia del ser que abre la boca para pedir, para dirigirse a otro.

Por otra parte, los zapatos representan uno de los puntos por los que pasa la frontera entre interior y exterior; son el centro sobre el que se anuda la vida afectiva del protagonista. Este objeto transicional que puede representarlo, convertirse en su insignia para acercarlo a aquello que no puede —ni debe— ver, esperó, esperaron, en el exterior vanamente, y son los mismos que posibilitaron el contacto del pie con el rocío de la hierba, empalme que sacudirá al niño hasta el grado de transformarse en el recuerdo por antonomasia de su niñez.

Finalmente todos calzamos esos zapatos rotos, —o deberíamos hacerlo. Incluso somos esos zapatos rotos como exploradores que nos asomamos a un espacio que sería inaccesible sino fuera reelaborado como un universo verbal. Tal rotura es justamente la que nos define como seres deseantes que tienen que resolver constantemente la frustración, la carencia, la falta.

El niño aguardó en vano a los reyes, pero al despertar supo que no tenía por qué esperar. Al caminar por el campo, el hoyo en el zapato le hizo sentir el rocío del campo. Rotos, apenados, humedecidos, esos zapatos le permitieron volar entre flores. El protagonista supo también que no tenía que “pensar en otra cosa” para calmar la ansiedad. Un día de Reyes indeterminado, quedó persuadido de que el contacto con la naturaleza le abría un camino con mayores satisfacciones que lo que le ofrecía el esperar todo de otro. Que esa experiencia de caminar entre flores aportaba mucho más que el acto pasivo de esperar del mundo, de la religión, de la tradición. Allí se opera la revolución de los tiempos: la experiencia le aporta algo concreto en el instante inmediato; no tiene que esperar a un mañana incierto que sólo anualmente se repite. Esa experiencia no depende ni de la religión, ni de un comportamiento particular, de un pasado, de una posición económica...

El niño confiesa haber roto el nido, es de lo que se siente culpable. Pero no es la única ruptura que acomete en “Los zapatos vacíos”, rompe con su familia, con la tradición, con la religión. Despierta al mundo, cobra su independencia. Se trata de una verdadera epifanía, no la de los reyes, sino una particular: la de la emergencia del ser. El proceso pasó por el conocimiento deceptivo, por la ansiedad, por la culpa... Por ello el adulto quizá narre esta experiencia que le abrió entre otras cosas el camino como escritor: no será una coincidencia que ese niño tenga a un rey en su nombre, Reinaldo, se trata de uno que se abre paso al poner de lado a las tres entrañables figuras de la niñez.

El régimen castrista lamentaría haber concedido un premio a Reinaldo Arenas. Habilitó a la pluma que mejor supo develar el carácter selectivo, excluyente, persecutorio, concentracionario, de la “utopía” socialista.